

cuyas obras ilustró el fecundo dibujante, de Milton á La Fontaine, de Ariosto á Perrault, se dan cita cabe la tumba de quien empleó su talento en dar forma á las más grandes figuras de la historia y á los más populares tipos de la fábula. Genios inmortales deponen palmas y coronas en la losa que tiene grabado su nombre; una comun expresión de dolor se trasparenta en el semblante de todos y hasta parece traslucirse á través de las metálicas celadas de varios caballeros de la Edad media que, con sus lanzas sin hierro, en señal de duelo, custodian el sepulcro del inmortal intérprete de la *Biblia* y la *Divina Comedia*.

Los editores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, que en este momento están popularizando en España y América las obras de tan insigne dibujante, se complacen en reproducir ese bello tributo dedicado á su gloriosa memoria.

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

I

Desde las barricadas á las cuerdas

En el célebre año de 1848, Sebastian Acebo (a) el Toro, jóven de veinticuatro años de edad y natural de Padron, en Galicia, ejercia en Madrid el oficio de conductor á domicilio de cerveza de la fábrica de Santa Bárbara. Apodábanle el Toro, por sus grandes fuerzas y aspecto hercúleo, mas no por su *acomodación*, pues Sebastian, ó Bastian, como generalmente le llamaban, era bueno como el pan é incapaz de meterse con nadie. No era una masa informe de músculos y de carne, sino una máquina sólida y admirablemente equilibrada, con brazos vigorosos y piernas de acero. Fuera de esto, su fisonomía placida y sus ojos casi dulces, predisponian en su favor. En resumen, tenia cabeza de niño, cuello de toro y un monte de cabellos encrespados como la melena de un leon negro.

Además de conductor de carros de cerveza, Sebastian era guarda-almacen de un depósito que la susodicha fábrica de Santa Bárbara habia establecido en la calle de las Velas para surtir á las innumerables tiendas y tabernas del barrio, y tenia allí su domicilio. Sin familia ni afeciones en Madrid, el honrado gallego, que era naturalmente expansivo, contrajo estrecha amistad con otro jóven, poco más ó menos de su misma edad; el cual, por ser uno de los personajes más importantes de esta verídica narracion, párrafo aparte merece.

Llamábase Gil Gomez, el *Ardilla*: era manchego, y dependiente de una pastelería con honores de despacho de vino, que estaba situada en la calle de Toledo, en el espacio que media entre la plaza de la Cebada y la fuente-cilla, y á la cual, por pertenecer á un individuo de este nombre, llamábanla pastelería de Santiago.

Sebastian y Gil, ó sésase el toro y la ardilla, trabaron cordialísima amistad, sin duda por la ley de los contrastes. Gil era ágil, inteligente, feo, aunque de fealdad agradable; sobre todo, sus ojos ofrecian tal impresion de viveza, que iluminaban toda su figura. En su primera juventud habia sido volatinero de la legua y poseia habilidades propias del oficio, como las de ventrílocuo y dislocado.

La pastelería de Santiago era una segunda casa para Sebastian, que no podia pasarse sin ver á Gil dos ó tres veces al dia y dos ó tres horas por la noche, ántes de acostarse.

Los dos jóvenes se querian de veras, quizá porque entre ambos se completaban; eran el Niso y Eurialo de la calle de Toledo.

En aquella época la política fermentaba.

Las ideas revolucionarias estaban de moda, la proclamacion de la república en Francia soliviantaba á los patriotas españoles y nadie pensaba más que en conspirar y echarse á la calle, como vulgarmente se dice. Sabido es que la de Toledo es siempre masa dispuesta; y hábilmente explotada, fué el foco de donde salió el pronunciamiento, revolucion, motin ó llámese como se quiera contra la dictadura del general Narvaez.

Gil era algo caliente de ideas: Sebastian no estaba en ninguna temperatura, pero arrastrado por su amistoso cariño, se batió al lado de aquel en la intentona que por fin estalló y que obtuvo un éxito desastroso.

Ambos amigos formaron parte de *las cuerdas* destinadas á ultramar y desembarcaron en el puerto de Manila, entre otras víctimas de la libertad.

Apénas llegados tuvieron la suerte ó la desgracia de encontrarse con el Sr. Martin.

Este habia tenido una prendería en Madrid, en la calle de las Maldonadas. Despues de haber planteado varias industrias que no prosperaron, obtuvo un modesto empleo para Filipinas, y hacia cinco ó seis años que ejercia el cargo de gobernadorcillo del departamento de Zangoanga. Se ocupaba además en la corta de cañas y maderas de unos plantíos que habia tomado en arrendamiento, y aprovechando sus conocimientos en carpintería y muebles, tenia un taller de estos, en el que empleaba bastantes operarios.

Cuando desembarcaron los deportados, se hallaba en la ciudad. Como vecino que habia sido del barrio de la Latina, conocia á Gil y á Sebastian, y sabiendo lo forzudo, resistente y laborioso que era éste, le ofreció trabajo en condiciones bastante ventajosas, aunque bajo la base de un compromiso escrito que debia durar tres años. Todos los desterrados eran libres, aunque sometidos á la vigilancia de la autoridad; pero no tenia recursos la mayor parte de ellos, y como nuestro héroe gallego se encontraba en

este caso, aceptó á condicion de que su amigo Gil fuese tambien contratado.

El gobernadorcillo accedió á este deseo, por consideracion hácia Sebastian, que le convenia; y héte aquí á los dos amigos instalados en el taller de Zangoanga, y casi frente á frente de los moros piratas y desalmados de Joló.

Sebastian fué destinado á la corta, Gil á los trabajos del taller.

Al Sr. Martin, dueño de la explotacion del plantío y gobernadorcillo por añadidura, se le conocia con el apodo de *Chafarote*, porque siempre llevaba un gran sable pendiente de la cintura. No era enteramente malo, pero creia, quizá con razon, que para ejercer cualquiera clase de mando, se necesita cierta energía y dureza de carácter; así es que trataba á sus gobernados y trabajadores un poco á la baqueta.

Afortunadamente estos tenian una especie de providencia en Petrita, la sobrina del Sr. Martin, jóven de diez y seis años, rubia, esbelta, agraciada aunque vulgar, de compasivos sentimientos y de genio alegre.

El trabajo en los dominios de *Chafarote* era rudo, pero no insoportable. Se comia bien por cuenta del amo, se ganaban regulares jornales y además habia el atractivo del peligro, pues los moros fronterizos atravesaban alguna que otra vez el *Río de los Sapos* y caian en algarada sobre el territorio español limítrofe, dando que hacer á trabajadores y soldados.

Nuestros dos amigos se resignaron pronto á su nuevo género de vida, con tanto más motivo por cuanto tuvieron una compensacion y una distraccion.

Cuando Petrita viólos por vez primera, experimentó una impresion de duda y luégo de sincera alegría. Aunque ambos estaban algo cambiados, la jóven no tardó en reconocerlos.

—¿Son Vds. el Toro y el Ardilla?—exclamó palmoteando.—¡Caramba, cuánto me alegro de volver á verlos!—Y como advirtiese un movimiento de sorpresa en ellos, prosiguió:—¿Qué, no se acuerdan Vds. de mí?

—¿Petrita?—dijo Gil.

—La misma que viste y calza.

—¿Petrita?—repitió Sebastian.—¡Cómo! ¿Eres tú, digo, es usted?

Los tres jóvenes se entregaron á una efusion tal que hizo asomar lágrimas á sus ojos, y el lector convendrá en que no era exagerada, cuando le ponga en antecedentes. Siete años ántes Petrita, que entónces tenia próximamente diez, vivia con su tío en Madrid, en la prendería de la calle de las Maldonadas, y como era algo golosa, frecuentaba la pastelería de Santiago, en la calle de Toledo. Allí conoció á los dos camaradas y allí pasaba con ellos todos los más ratos que podia, haciéndoles jugar con ella y entretenerla.

Sebastian la levantaba en sus brazos hercúleos, haciéndola *ver á Dios*, como dicen los chicos, ó paseándola sobre sus robustos hombros. Gil la enseñaba cantares, se dislocaba en torno de su cuerpo, ó la admiraba con sus habilidades de ventrílocuo, de suerte que la pequeña no sabia cuál de los dos la divertia más, y llegó á quererlos como toda niña ó mujer quiere á quien la distrae.

Todos estos recuerdos evocados por Petrita y los deportados, los llenaron de enternecimiento, puesto que á ellos se unia el recuerdo de Madrid, de aquel barrio tan alegre, de aquella plaza de la Cebada tan animada.

Petrita se expresaba con viveza y espontaneidad, los dos amigos con emocion y con cierta cortedad, cuyo origen todavia no adivinaban. Ambos miraban á su linda interlocutora y á penas podian comprender cómo la chiquilla delgaducha y casi raquíca se habia transformado en tan apetitosa jóven.

Chafarote puso fin á aquellas amistosas expansiones llevándose á su sobrina.

—Mira, muchacha,—la dijo,—te prohibo el mucho palique con esos ni con ninguno. Todos los que aquí vienen son los peores de cada casa y cuando les dan el pié se toman la mano: con que ¡mucho ojo!

II

De cómo el amor se entra por el corazon de los deportados

No obstante esta prohibicion, especialmente en los dias de asueto, Petrita buscaba ocasiones de reunirse con sus antiguos amigos, y casi siempre los tres hablaban más del pasado que del presente. Gil demostraba alguna que otra vez sus habilidades y amenizaba la conversacion con chistes y canciones de última moda. En cuanto á Sebastian, era menos expresivo, pero tambien solia encontrar una palabra oportuna, una de esas frases sinceras que llegan al corazon, revelando su carácter bueno y leal; bien así como un rayo del sol que atraviesa una nube.

La jóven les oia con interés y á su vez desahogaba con ellos el disgusto de que estaba poseida en aquella monótona existencia á la que no podia acostumbrarse, así como tampoco al genio rudo y violento de su tío. Haciales cuantos pequeños favores podia, les procuraba los mejores alimentos, se habia encargado de repararles la ropa, y en resolucion, era para ellos una especie de hada benéfica.

Una noche, cuando iban á acostarse, Sebastian dijo á su amigo:

—¿Sabes que me parece que estoy enamorado de Petrita?

—¡Bah!—contestó Gil.—¿A tí te parece? pues yo sé que lo estoy.

Los dos jóvenes se miraron en silencio y cada uno se tendió en su catre de lona.

Durmieron poco ó nada. Hicieron una especie de exá-

men de conciencia, como queriendo persuadirse á sí mismos de que su amor era el único verdadero y digno de ser correspondido.

—No es posible,—pensaba Gil,—que Sebastian la quiera tanto como yo. ¡Qué demonio! Petrita no es un peso de veinte arrobas: ¿qué va á hacer de ella y con ella? y además, ¿qué se puede esperar de un *Toro* más que una cornada? Ella le cogerá miedo.

—Gil es muy feo,—se decia á su vez Sebastian.—¿Cómo es posible agrandar á una mujer con una nariz que parece una guindilla? Petrita le mandará á paseo.

Y atormentados por estas cavilaciones, y por los insectos que otras noches despreciaban, ambos se agitaban en su respectiva cama.

Gil fué el primero que, notando la inquietud de su camarada, rompió el silencio.

—¿Qué diablos tienes?—preguntó.—No se puede dormir á tu lado: bufas como lo que eres, como un toro.

—Un toro vale y puede más que una ardilla,—replicó Sebastian con ímpetu.

—¡Cá!

—¿Cómo que cá? Vamos á verlo.

—¡Alza!

(Continuará)

EL TRIUNFO DEL VISIONARIO

Nació pobre y casi no se sabe dónde ni exactamente cuándo; murió pobre, y si se sabe cuándo y dónde, se ignora el paradero de sus restos. De niño, persiguió la pobreza; adolescente, los piratas y las olas pusieron muchas veces en riesgo su vida; hombre, ni tuvo patria fija ni fué tenido nada menos que por loco: la casualidad, y su indomable constancia, le reivindicó; la envidia le hizo morir oscuramente; ¡quién sabe si por intervencion del divino hado, que no viendo en sus contemporáneos talento para comprenderle, les querria humillar negándoles justicia para enaltecerle!

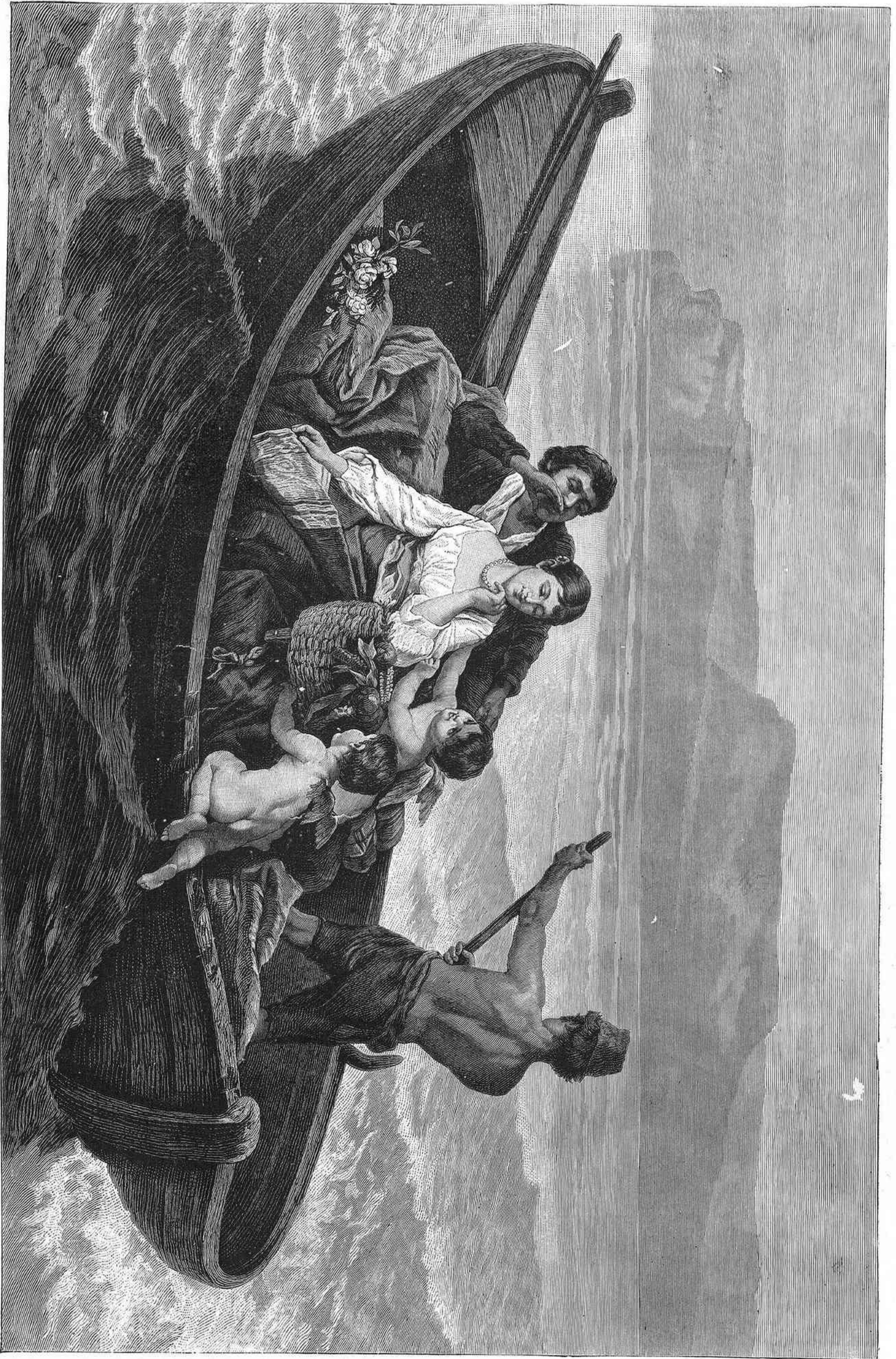
Tal se nos presenta, ó tal fué en su época, á grandes rasgos trazada, la figura de nuestro héroe; pero como la luz de la justicia, si se oscurece, no se apaga, convirtiendo sobre él todos sus rayos, mucho más resplandecientes por reflejar en el pasado olvido, nos lo hace ver hoy tal cual es: como grande entre los grandes. Por eso nosotros quisieramos conocerla desde sus más primitivos y mínimos detalles; porque quisieramos saber cómo germinó y se desarrolló en su inteligencia una idea que si alguno podia admitir como posible, sólo él podia creer como cierta; idea cuya concepcion es un atrevimiento inusitado, cuya exposicion ponía á uno en tristísimo apuro, cuya realizacion demandaba tanto esfuerzo, tanta constancia, llevaba en sí tanto peligro.

En general somos poco aficionados á pensar seriamente y nos ocurre que cuando se nos dice una cosa que todos la creen ó cuyos resultados estamos viendo desde la infancia, la creemos sin ninguna dificultad, y aun en estos tiempos de maravillosos y repetidos descubrimientos, nos ocurre más: estamos tan dispuestos á creer cuanto se nos anuncia, que no paramos mientes en las dificultades de cuanto hasta ahora se ha hecho ó en adelante pueda hacerse. Pero retrocedamos al siglo xv; pensemos cuán nulo era el desarrollo de las ciencias de aplicacion; pensemos en que los conocimientos astronómicos y cosmográficos descansaban en el sistema de Ptolomeo que, haciendo á la tierra centro, parte principal y mitad inferior del universo, no podia tener sino pequeñas partes, que entónces parecian inmensas, para la habitabilidad de la raza humana; despues aguas, muchas aguas, pero no aguas tranquilas é inofensivas como las de las orillas de nuestras costas, sino aguas traidoras y absorbentes que se significaban en los mapas despues de las terribles palabras *mare tenebrum* con figura *ad hoc*, que ya era una mano negra, la de Satanás, que apresaba y hundia al osado que en ellas se presentaba, ya el pájaro rock, de inmensas alas y poderoso pico para alzarse con navíos enteros y destrozarlos. Esto en cuanto á los peligros; en cuanto á las razones, la tierra no podia ser un globo, porque ignorándose el efecto que causa en los cuerpos el centro de gravedad, se seguia que los del hemisferio opuesto tendrian entónces que andar con la cabeza abajo y los piés arriba; á más que los libros sagrados, ó la tradicion fundada en ellos, enseñaba la unidad de la tierra, de la humanidad adámica, de la familia redimida por la divina sangre y que era absurda y manchaba de herejía, segun la incontestable autoridad de Lactancio, San Agustin y Nicolás de Lira, la opinion de que hubiese antípodas.

La ciencia, pues, con su círculo de hierro y las ideas religiosas cohibiendo el ánimo, hacian imposible pensar en un más allá, ó si se pensaba tenia que ser por intuicion, lo cual, si muy bastante para el que la siente y está en condiciones de poder ejecutar, es muy poco para el que ha de disponer á otro, primero á que le crea, segundo á que se arriesgue á ayudarle. Hé aquí por qué el que primero habló de haber más tierras que las del antiguo mundo, halló en el desarrollo de su proyecto tantos obstáculos, porque no podia menos de hallarlos: idea tan grande sólo podia ser comprendida por tan grandísimo genio: por eso se encarnó en él tal idea, porque sólo él podia salvarla.

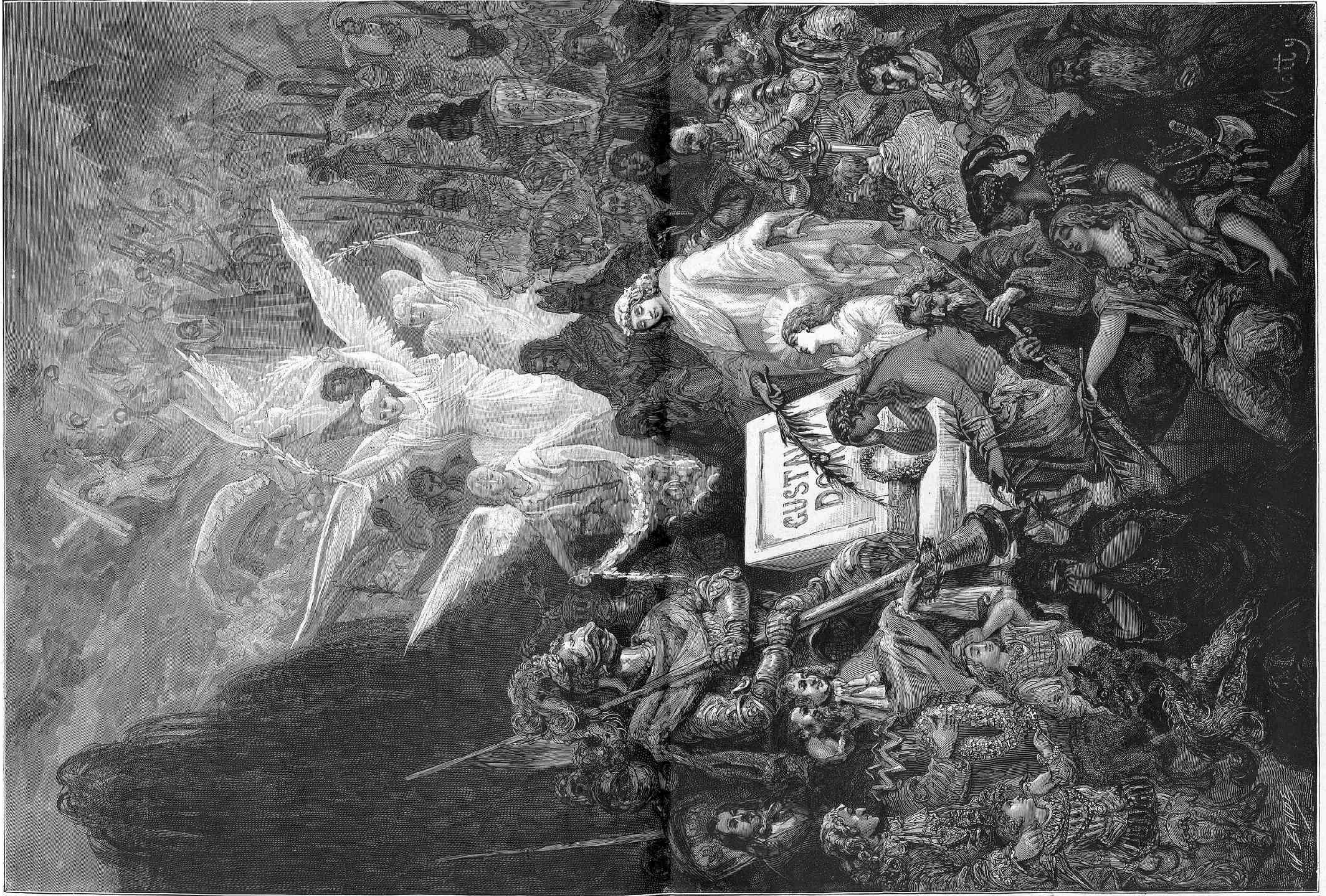
* *

Segun cálculos, hácia el año 1435 ó 1436 y en Génova ó Savona vino al mundo Cristóbal Colon. Estudió dos años, fué cardador de lana otros dos y contando catorce de edad se hizo á la mar. ¡A la mar, á ese espacio de



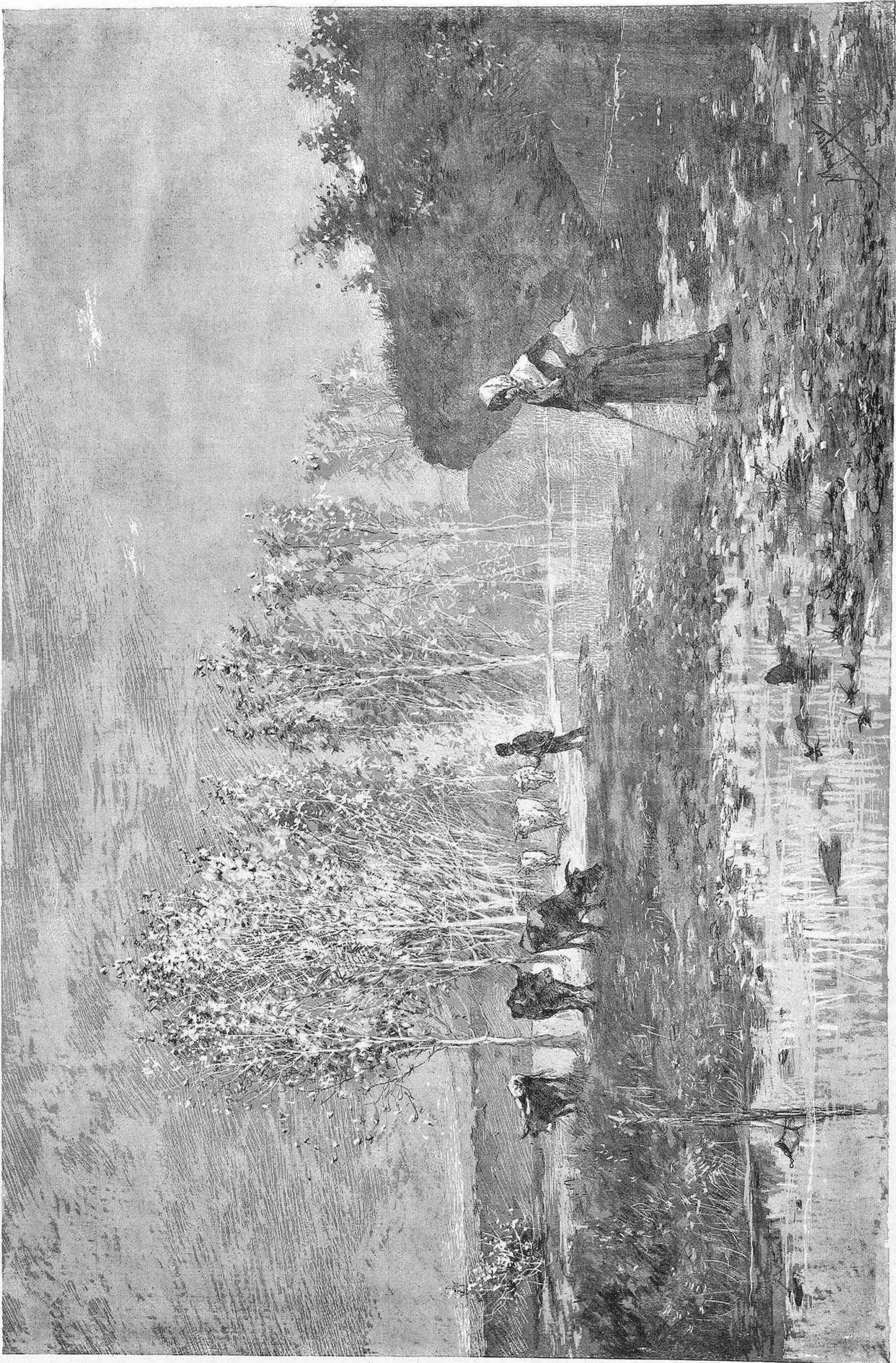
UN IDILIO EN EL MAR, cuadro por J. Kray

LIBRARY OF THE NATIONAL ARCHIVES



APOTEOSIS DE GUSTAVO DORÉ, CUADRO POR MORRY

EXPOSICION PARÉS



MELANCOLÍA, cuadro por J. Marqués, dibujo del mismo

peligros, pero en cuya inmensidad tanto puede ver y concebir el genio! Navegó por todas las aguas entonces conocidas, tuvo muchas veces en inminente riesgo su vida, particularmente una en que despedazada su embarcacion, luchó tres dias seguidos sobre un mástil contra las embravecidas olas. ¿Por qué le respetaron al fin? ¿Fué porque la muerte no puede con el genio hasta que el genio cumple su destino ó porque tal lance no fué más que una prueba para templar su ánimo, para disponerle á arrostrar serenamente los muchos peligros que en su mision le aguardaban? Decimos esto, porque en la vida de Colon hay mucho de providencial. Así, en 1470, arribó á Lisboa, centro entonces de los conocimientos cosmográficos y en donde pudo apreciar una serie de detalles que, insignificantes para cualquiera, sirvieron de mucho á su preparado espíritu. Su idea se convirtió en creencia y para él no hubo ya duda: la tierra era redonda, y hecha con cálculo y plan, ni podía haber la zona abrasadora de que en último término hablaban los más transigentes, ni podia haber obstáculo alguno para que los vastos espacios complementarios del mundo conocido fuesen habitables y se comunicasen entre sí. En su genio, no cabia ya otra cosa sino buscar el camino, y queriendo engalanar á su patria con tal gloria, á ella se dirigió en 1476; pero con tal desprecio fué oido que ni respuesta obtuvo, encaminándose á Venecia, y si más afortunado aquí se la dan, es para llamarle orgulloso visionario: vuelve á Portugal, y una comision encargada de oírle, rechaza sus ideas como delirio de un loco.

Colon ejerce, sin embargo, un secreto ascendiente: hace proposiciones que merecen tristes calificativos: el entusiasmo, la conviccion con que las apoya, la majestuosidad con que expone y pide, deben significar algo. Por eso la junta que cree expuesta su seriedad si aprueba; que se ve halagada, si, aceptando, acierta, busca un modo, sin reparar el medio, de alcanzar todas las ventajas, sin correr inconvenientes. Y con efecto, invita á Colon á presentar un plan detallado y demostrativo del proyecto, so pretexto de estudiarlo, pero con intencion de hacerlo ejecutar por cuenta propia y en secreto. ¡Infame estratagemas que una tempestad del mar y el poco genio del piloto elegido desbarataron en pocos dias! Irritado Colon, salió inmediatamente de Portugal, fines de 1484, volvió á su patria, quiso otra vez entenderse con ella y ella le dió... otra desdeñosa repulsa.

Pero como si supiese que algo tenia que cumplir, Colon ante nada ceja. Valerosísimo campeón de la ciencia, á quien puede darle auxilio le dice lo que piensa: si no se lo da, le desprecia y sigue adelante y siempre adelante. ¿Que nadie le hace caso? No importa; él es más que todos porque representa algo, al paso que los demás sólo representan la *negacion*: él vencerá pues. Vencerá, sí, porque nunca falta á la razon un fray Juan Perez de Marchena que la defiende. La dificultad es dar con él y Colon dió apenas puso su pié en la notable España, que, teatro entonces del mundo, por su heroísmo, lo atrajo; que madre solicitada, por su proteccion, lo hizo su hijo; porque si Colon, hombre, es por azar genovés; Colon, genio, por adopcion es español; porque si en Génova recibió el sér, por España recibió la gloria. Vino pues á España con todos sus cariños, reconcentrados en su jóven hijo Diego, y con todas sus esperanzas, reconcentradas en sus proyectos; mas dirigiéndose, ántes de dar éstos á conocer, á Huelva, con objeto de dejar el hijo en casa de un pariente, se acercó al convento de Santa María de la Rábida á pedir por el amor de Dios un poco de pan para el necesi-



EN LA IGLESIA, cuadro por A. Spring

tado niño. De aquel convento era prior el padre dicho, que viendo el porte distinguido, aún en su indigencia, de Colon, le invitó á descansar. Colon aceptó y habló y, como dice un escritor contemporáneo, el padre Marchena «escuchó, comprendió y creyó.» Desde este instante, febrero de 1486, el padre Marchena fué la verdadera providencia del proyecto. Valido de su ascendiente sobre Isabel la Católica, de la cual habia sido confesor y ante la cual gozaba gran reputacion de hombre sabio y de virtud, todo lo empleó en favor de Colon. Por cierto que todo lo necesitó, más una constancia de seis años para vencer los muchos entorpecimientos que opusieron algunos cortesanos y la empresa de la reconquista que tanto embargaba á los reyes. Isabel, que tambien presentia, se puso al lado de los ménos, nombró una comision para formalizar el contrato de convenio y resultó un nuevo entorpecimiento porque Colon pedia lo que la comision, poco afecta, rechazó por insolente jactancia, y era: el título para sí y sus sucesores, de grande almirante, el virreinato de las islas y continentes que iba á descubrir, el derecho de proponer gobernadores y el décimo del total de beneficios; mas los amigos que ya habia predispuesto el padre Marchena y los creyentes que ya habia hecho Colon, entre los cuales se distinguieron el cardenal Mendoza, Alonso de Quintanilla, y sobre todos por su energia en apoyar y generoso ofrecer, Luis de Santángel, obraron tal efecto en el corazon de Isabel, que á todo accedió: hasta, si era necesario, vender sus joyas. ¡Qué podia coronar mejor el gran proyecto que esta ilustre trinidad de Colon, Marchena é Isabel, ó sea del genio que concibe, el genio que comprende y ampara y el genio que ampara é impulsa!

grande y por agraviado le debemos mucho. Honrémosle, pues: honrémosle, sí, que honrándole, nos honramos, y aprovechando el aniversario de su triunfo, de este glorioso dia en que Colon presentó un mundo nuevo al mundo antiguo, evoquemos su espíritu para decirle: hombre eminente, no te apenen las injusticias de tus contemporáneos; no te apene si te despreciaron vivo hasta hacer te arrastrar vida miserable, ni si te olvidaron muerto, hasta dejar perder tus restos. ¡Tus restos, que hoy que la justicia impera, se buscan como una reliquia, tu vida que nos inspira tantas bendiciones!

MARIANO PRESTAMERO

LA BUENAVENTURA

(Conclusion)

¡No habia que apurarse por eso! él se casaria con la comadre y adoptaria al chico. Así como así, de padre á padrino sólo hay unas letras de más ó de ménos.

Estas ideas entraron en el pensamiento lúgubre de Jorge y asociadas con los sucesos de aquella mañana en la Virgen de la Paloma, parecian completarse unas con otras dentro de su ebrio cerebro. Bien podian estos últimos ser un aviso y aquellas una revelacion. El compadre no dejaba el estribillo.

—Te repito que no hay motivo para estar triste. Come y bebe hasta reventar. Yo en tu caso me moriria contento.

A Jorge le temblaba la mano y, al beber, el vaso castañeteaba con sus dientes. ¿Qué habia hecho él para mere-

Firmáronse pues las escrituras el 17 de abril de 1492, y aunque debia emprenderse el viaje inmediatamente, las resistencias que opusieron los vecinos de Palos de Moguer, que por una obligacion que tenian con la corona, eran los que debian prestar los bajeles, entorpecieron la salida hasta el 3 de agosto, en cuyo amanecer zarpó de dicho puerto la expedicion con tres carabelas, la *Santa María*, en la que iba Colon, y la *Pinta* y la *Niña* comandadas por Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez Pinzon.

Mucho trabajó Colon hasta verse embarcado, muchísimo trabajó despues hasta llegar al descubrimiento que buscaba; por fin lo halló á la madrugada del 12 de octubre en la isla Guanahani, que desde entonces se llama de San Salvador. Siguió explorando el archipiélago de las Lucayas, al que pertenece la citada, continuó al de las Antillas, en el que exploró Cuba y Haití, y habiéndose extraviado Alonso Pinzon con la *Pinta* é ido á pique la *Santa María*, el 4 de enero de 1493 se dió á la vela para España. Poco diremos del regreso por lo mismo que tiene mucho que decir: fecundísimo en adversos trances, puede formar interesante cuadro en la epopeya de que es tan digna la vida de Colon, y si se concluyó fué sin duda porque todo se concluye en este mundo: por eso arribó á Palos el 15 de marzo de 1493.

**

Colon venció, pero no descansó; llegó al fin de la obra, pero no al fin del trabajo: en la idea era un profeta, pero en la vida era un soldado perpetuamente batallando; cuando no los hombres, el elemento, cuando no el ridículo, la ingratitud; ¡todo era contra él! Obtenidos los honores que por de pronto no pudo ménos de merecer su triunfo, volvió á la desgracia, con la desgracia bajó al sepulcro y en el sepulcro le acompañó mucho tiempo. Por

debemos mucho. Honrémosle, pues: honrémosle, sí, que honrándole, nos honramos, y aprovechando el aniversario de su triunfo, de este glorioso dia en que Colon presentó un mundo nuevo al mundo antiguo, evoquemos su espíritu para decirle: hombre eminente, no te apenen las injusticias de tus contemporáneos; no te apene si te despreciaron vivo hasta hacer te arrastrar vida miserable, ni si te olvidaron muerto, hasta dejar perder tus restos. ¡Tus restos, que hoy que la justicia impera, se buscan como una reliquia, tu vida que nos inspira tantas bendiciones!

MARIANO PRESTAMERO

LA BUENAVENTURA

(Conclusion)

¡No habia que apurarse por eso! él se casaria con la comadre y adoptaria al chico. Así como así, de padre á padrino sólo hay unas letras de más ó de ménos.

Estas ideas entraron en el pensamiento lúgubre de Jorge y asociadas con los sucesos de aquella mañana en la Virgen de la Paloma, parecian completarse unas con otras dentro de su ebrio cerebro. Bien podian estos últimos ser un aviso y aquellas una revelacion. El compadre no dejaba el estribillo.

—Te repito que no hay motivo para estar triste. Come y bebe hasta reventar. Yo en tu caso me moriria contento.

A Jorge le temblaba la mano y, al beber, el vaso castañeteaba con sus dientes. ¿Qué habia hecho él para mere-

cer la muerte? ¿A quién había faltado? ¿A quién ofendido?

—No te preocupe lo que vendrá después, repeta Miguel; aquí quedo yo dispuesto a todo; te lloraremos, te enterraremos, y antes de cumplir el luto nos casaremos; ¿no es verdad, comadre?

Esto no le consolaba a Jorge, porque lo que él sentiría en tal caso sería separarse de su mujer y su hijo, no volverlos a ver nunca. No, esto no podía suceder; la Virgen de la Paloma no le desampararía hasta ese extremo. Jorge tenía fe en ella, y le daba el corazón que había de venir en su auxilio como siempre.

—Vino, venga vino, gritó Miguel arrojándose sobre la bota. ¡Diablo, si está vacía! ¡la han sacado las tripas!... ¡Nada!... ¡qué si quieres!... ¡ni gota! Oye tú, Jorge: trae más vino; ¿oyes? que traigas más vino. ¿Se convida de esta suerte a los amigos? Quiero vino, vino; más vino.

Y se puso a gritar como un loco.

Jorge se levantó y volvió a caer todo lo largo que era.

—¡Borracho! le gritó el compadre que ni podía moverse.

Jorge se levantó y cayó varias veces, hasta que por fin, tambaleándose y dando tropezones cogió la bota y se encaminó hacia la taberna.

—No, no quiero morirme, iba diciendo en voz alta; no quiero dejar a mi mujer; no quiero separarme de mi hijo. Virgen de la Paloma, no me desampares.

—Oye, salao; ¿quieres que te diga la buenaventura?

Jorge abrió sus ojos todo lo grandes que eran y, poseído de un miedo infantil y supersticioso, se detuvo. Las gitanas le causaban un terror profundo.

—Dame un limosnica para mis churumbelicos que están jambríos y esmayaitos, y te adivinaré un secretillo que tienes en el corazón.

En medio de su borrachera, quizá influido por ella misma, el ebanista, que no dudaba ni un punto de las facultades adivinatorias de las gitanas, sintió una corazonada y una curiosidad invencibles. Lo que tanto anhelaba saber podía conseguirlo con sólo extender la mano. Sin embargo, no se atrevía.

—Vamos, salao, ¿te digo la buenaventura? La Virgen de la Paloma es quien me envía.

Indudablemente la gitana había oído las últimas palabras de Jorge. Este, al escuchar el nombre de la santa patrona, extendió el brazo y abrió la mano sobre cuya palma saltaron unas cuantas monedas de cobre que para comprar el vino llevaba.

—Toma; para tí todo, dijo a la mujer, la que recogiendo los cuartos, hizo sobre la ancha mano de Jorge la señal de la cruz diciendo con cierta solemnidad grave:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén;—y dijo esta última palabra estampando un ruidoso beso en la limosna que, entre el pulgar y el índice, tenía.

—Esta rayica que cruza a lo largo de la mano y se pierde entre los dedos dice que tu vida ha de ser larga y dichosa; y esta otra que cruza la primera te avisa que vivas prevenido, pues tienes un amigo que, envidioso de tu fortuna, trata de engañarte y robarte lo que más estimas en el mundo. No te confíes de él; aunque es para tí cariñoso, te las guarda y jura en el fondo de su alma y te desea la muerte con todo su corazón. Quiere perderte, codicia tu mujer y tu hacienda, y no perdona medio de conseguir sus intenciones; pero la Virgen de la Paloma me ha mandado para advertírtelo, que ella te ayudará si tú te ayudas, como así lo espero, porque eres valiente y a pesar de tus buenos sentimientos darás su merecido a quien te falte. Y adios, hijo mío, que al buen entendedor con pocas palabras basta y ya hemos hablado de sobra.

Jorge quedó aterrado, permaneciendo por algún tiempo inmóvil y mudo, paralizado el pensamiento, abotagado y absorto como si fuera un estúpido.

La borrachera entorpecía su inteligencia, y, cuando ésta comenzó a funcionar influida por aquella, tomaba las ideas por hechos indudables, los delirios por realidades, las casualidades por avisos providenciales y las palabras por sucesos consumados. Vivía en la imaginación y a través de ella contemplaba el mundo y las cosas.



MARÍA HEILBRONN, de la Opera cómica francesa

Para Jorge era evidente todo aquello que la superstición le sugería. ¡Se aunaban y engranaban tan bien unas cosas con otras que, las palabras de la gitana, fueron como el enigma y la explicación del misterio! La bola de nieve fué creciendo en su febril cabeza. La embriaguez la dió proporciones colosales y llegó al fin antes de haber tocado el principio.

¡Sí; su compadre Miguel era un malvado, quería robarle su mujer y su hijo y no se detendría en los medios hasta conseguir apoderarse de ellos. Sus palabras revelaban bien claramente sus intenciones; pero afortunadamente había sido prevenido y ¡por Cristo! que se las había de pagar todas juntas.

La cólera y la ira se apoderaron del corazón de Jorge y, vomitando improperios y maldiciones, tiró la bota del vino contra el suelo, echó a andar tambaleándose y dando tropezos, al propio tiempo que la noche iba borrando el paisaje con sus primeras sombras.

Antes de llegar al sitio donde su mujer y el compadre le esperaban se encontró con su hijo, el cual al distinguirlo corrió a él, y se abrazó a sus piernas, de tal suerte que a poco da con su padre en tierra.

—Quita de en medio, dijo soltando un terno, y dando al muchacho un golpe con la rodilla. ¿Qué diablos quieres?

—Madre está llorando, exclamó Juan. Viendo que V. tardaba tanto ha ido a buscarle y ha vuelto diciendo que no le encontraba. El señor Miguel se reía porque, a lo que dijo, ya sabía él que tenía al fin que suceder todo esto. Yo he salido corriendo, he preguntado por V. a todo el mundo y nadie le conocía. Unos guardias me han querido coger, pero yo me he escapado. Venga V., padre. Venga V. pronto para que madre no llore.

Esta relación, dicha deshilvanadamente, exasperó a Jorge, hasta hacerle estallar de rabia y de furor; cuando llegó cerca del corro oyó al compadre que gritaba:

—No se apure V., mujer, no se apure V. por tan poca cosa. ¿No la dije yo a V. que había de morirse? Pero, ¡qué importa! ¿Soy yo costal de paja? Apechugue V. conmigo..... Verá V. qué felices somos. ¡Ea! para que se va-

ya V. acostumbrando, démonos un abrazo.

Miguel se dirigió a María y, que quisiera que no, la estrechó entre sus membrudos brazos, al propio tiempo que Jorge, cogiendo un cuchillo, se lanzó sobre su amigo.

Nadie recuerda como fué; las cabezas estaban mal seguras, la memoria borrosa, y además, había entrado ya bastante la noche; pero lo cierto de ello es que Jorge, en vez de dar contra su amigo, hundió el cuchillo por tres veces en el pecho de su pobre mujer, la cual espiró en el acto.

Al llegar a este punto, Jorge, que me refería en una de las habitaciones del presidio de Alcalá la historia de sus desgracias, rompió en sollozos.

—¿Qué es de su hijo de V.?

—le pregunté maquinalmente.

—Sigue el mismo oficio que yo tuve.

—¿Y Miguel?

—Viene alguna vez que otra a verme; me proporciona recursos y cuida y atiende a mi hijo allá en Madrid.

—¿Cuánto tiempo le resta a V. todavía de prisión?

—Dos años: si antes no hay indulto.

—¿Y después?

—Trabajaré y viviré honradamente.

—¿Cree V. en la buenaventura?

—¡Ah! señor; he creído en ella; pero ya no volveré a ser tan imbécil. ¿Cómo he de creer en esas cosas si a ellas debo mi mala suerte?

Me despedí de Jorge, y al trasponer la puerta del presidio me dije para mí mismo:

—¡Es muy posible que las preocupaciones engendren en la vida más crímenes que la corrupción y las malas pasiones!

VICENTE COLORADO

LA CIENCIA ANTICUA

Nada brota por repentino impulso ni en la ciencia, ni en la sociedad humana, ni aun en el mundo físico. Todo tiene su historia, sus precedentes, sus logómenos por decirlo así.

A la salida del sol precede el crepúsculo matutino en que grado a grado las sombras de la noche se van fundiendo en la claridad del nuevo día. El crepúsculo vespertino sigue a su vez a la puesta del sol, y las tinieblas nocturnas llegan lentamente por el ancho espacio.

Y de este mismo modo toda transformación social por brusca que al parecer sea tiene su crepúsculo; y todo progreso científico viene creciendo de lo antiguo por insensibles incrementos.

Toda nuestra ciencia de hoy, toda esa prodigiosa industria, que ha cambiado la manera de ser de las modernas sociedades, son árboles espléndidos que hunden sus invisibles raíces en las negras profundidades de los siglos que pasaron.

La mecánica es tan antigua como la historia, ó por mejor decir mucho más antigua que la memoria escrita ó que la memoria tradicional de los pueblos y de las razas. Y la termodinámica, ciencia modernísima, se remonta si no como ciencia como germen, a los griegos y a los egipcios, como vamos a ver con un ejemplo escogido entre mil.

Pero en el origen de las sociedades, al menos de las que nos son conocidas, la ciencia no es libre.

El sacerdote la crea ó la recoge, y cuidadosamente la guarda entre las sombras del misterioso templo ó en el sombrío cráneo del iniciado, templo humano más impenetrable que el de piedra y bronce. Es más: no sólo la casta sacerdotal crea la ciencia y la cultiva y la conserva, sino que *la explota* en beneficio del culto y quizá también de sus ministros.

Imaginemos que hoy una raza sacerdotal fuese única poseedora de todas las grandes leyes de la ciencia, de todos los secretos de la industria, de todas las fuerzas naturales que el genio libre del hombre ha creado: dueña del vapor, del telégrafo, de la luz eléctrica, del teléfono, del fonógrafo: templos las estaciones de caminos de hierro, templos las estaciones telegráficas, templos las fábricas de gas y las de manufacturas, y cosa profana el resto: profana en suma toda la masa social; masa inocente y asombradiza que vería correr abrasadas locomotoras con espantosa velo-

ciudad; que oíría la voz del amigo, del hermano ó de la mujer adorada á muchas leguas de distancia; que sentiría el rayo al mandato del exorcista; y que se prosternaría aterrada ante prodigiosas potencias de todo punto incomprendibles. Espanta pensar la influencia de una clase que con tales condiciones de poder se viese.

Pues esta, aunque en escala mucho más reducida, era la situación del sacerdocio egipcio y aún del sacerdocio helénico ante el público ignorante y creyente.

Hemos dicho que vamos á tomar un ejemplo en la ciencia antigua, y el lector que quiera estudiar otros muchos, puede acudir al interesante libro de M. Albert Rochas titulado *Les origines de la science*; cuyo autor los toma á su vez en gran parte de las *Pneumáticas* de Heron.

Se trata de fingir el siguiente prodigio y de resolver el siguiente problema.

Un santuario.

En él un *ara maravillosa*, especie de pilastra en cuya superficie superior ha de encenderse el *fuego sagrado* para las ceremonias del culto.

Enfrente una capilla ó nicho con la divinidad en su centro y con sus puertas ordinariamente cerradas.

Estos son los datos, y el prodigio consiste, en que *espontáneamente*, sin que mano oculta intervenga, sin que nadie pueda salir del santuario ni éste tenga comunicacion con lo exterior, al punto que el fuego arda en el hogar, las puertas de la capilla por sí mismas giren y se abran y muestren la figura venerada del Dios. Y que despues al apagarse, se cierren; y que cuantas veces se repita una ú otra operacion, á intervalos arbitrarios, sin que pueda suponerse que hay aviso ú orden, coincidan automáticamente ambos hechos.

¿Se enciende el fuego del ara? se abren por sí mismas las puertas.



¡ABRE! cuadro por H. J. Zügel

tálica y completamente cerrado: claro es que estará ocupado por una masa de aire.

De dicho hueco parte un tubo, que termina en una esfera tambien cerrada y casi llena de agua.

Del fondo de esta capacidad sale la rama mayor de un sifon cuya rama menor desemboca en una especie de marmita ó cubo.

La marmita está suspendida á una cuerda que pasa por una polea, bifurcándose despues en otras dos cuerdas que dan vueltas al rededor de *dos ejes*, los cuales son precisamente los ejes de las dos puertas del nicho ó capilla de la divinidad, prolongados hasta la cámara subterránea.

Por último alrededor de cada eje hay arrollada otra cuerda y ambas se reunen en una sola, que pasando por una polea termina en un contrapeso.

Este contrapeso estirando las cuerdas mantiene cerradas las dos hojas del camarín ó capilla.

Veamos ahora cómo funciona el mecanismo que precede.

Enciendese fuego en el ara: el calor dilata el aire de su interior: la fuerza elástica de éste empuja al agua del depósito esférico, la obliga á subir por el sifon y la vierte en la marmita.

Cargada esta última con el líquido, que á ella ha pasado, tira con nueva fuerza de las dos cuerdas, vence la resistencia del contrapeso, hace girar los ejes de las puertas y sus hojas se abren apareciendo la imagen á las asombradas miradas del oficiante, quizá del mismo Rey.

Hasta aquí la primera parte del prodigio. Pasemos á la segunda.

El fuego se apaga: el aire se enfría y deja de oprimir al agua del depósito esférico: la presion atmosférica domina sobre el agua de la marmita y la empuja por la rama corta del sifon que es la que en ella penetra, dejándola en seco como estaba al principio.

De este modo vuelve el líquido, por el juego natural del sifon, al depósito esférico, y la marmita pierde su peso supletorio. Incapaz de esta manera de sostener el contrapeso, este la vence, tira de sus cuerdas, hace girar los ejes y las puertas del camarín se cierran espontáneamente; tan espontáneamente como se abrieron.

La segunda parte del milagro queda cumplida: se apagó el fuego, se cerraron las puertas.

Es verdaderamente admirable en su sencillez el mecanismo que acabamos de describir, y si en vez de ser patrimonio de unos *pocos escogidos*, si en vez de ocultarse en las sombras de un templo, se hubiera mostrado á la inteligencia de miles y miles de seres, quién sabe hasta dónde lo habria fecundado el aire puro de la libertad y la luz espléndida de los cielos.

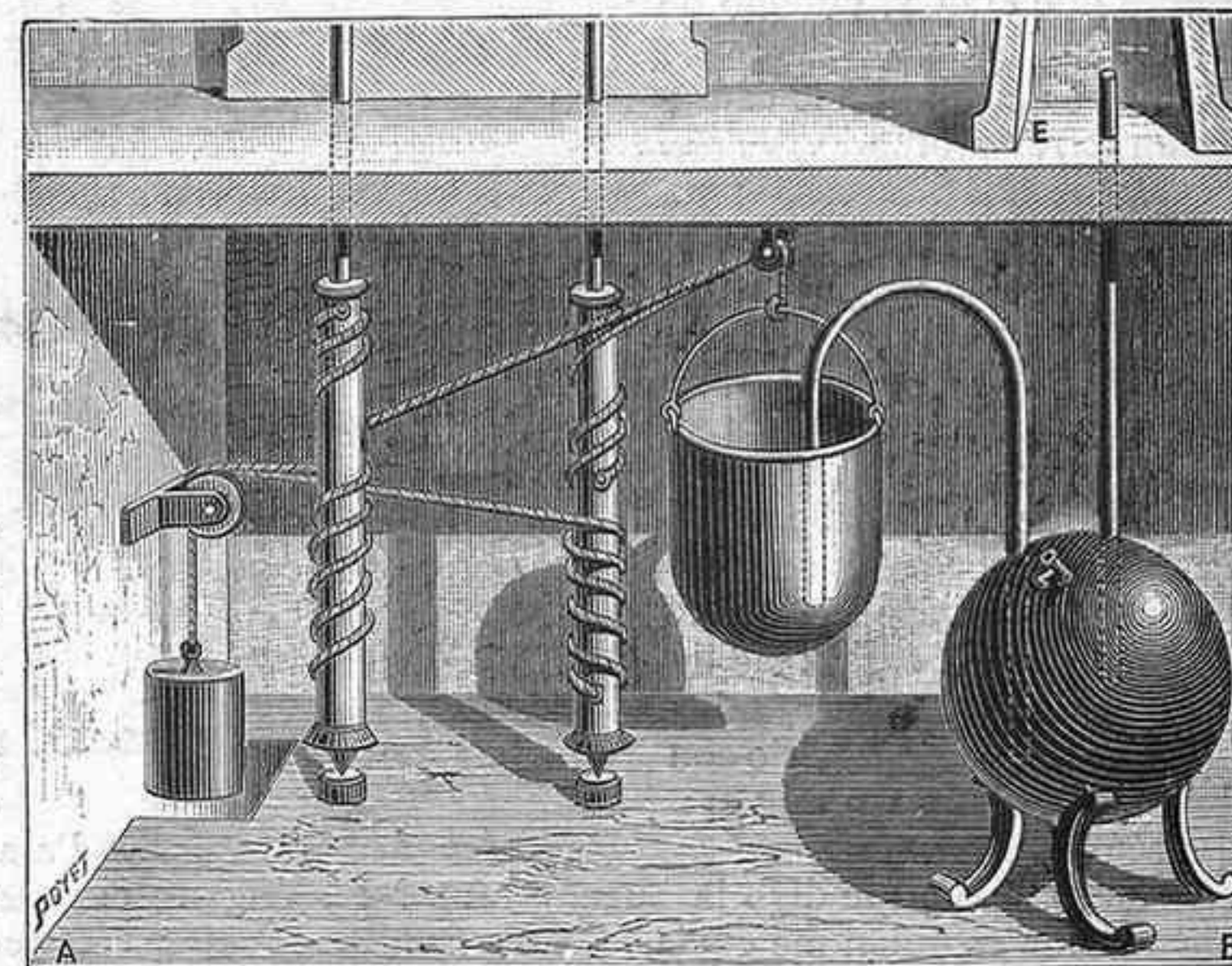
Quizá hubiera adelantado algunos siglos la civilizacion moderna: ¿quién sabe?

En una pequeña cripta, en las tinieblas de un templo, monopolizado por unos pocos, fué semilla estéril, sirviendo cuando más para asombrar á unos pobres creyentes y para estimular el culto de algun Dios monstruoso ó ridículo de las orillas del Nilo.

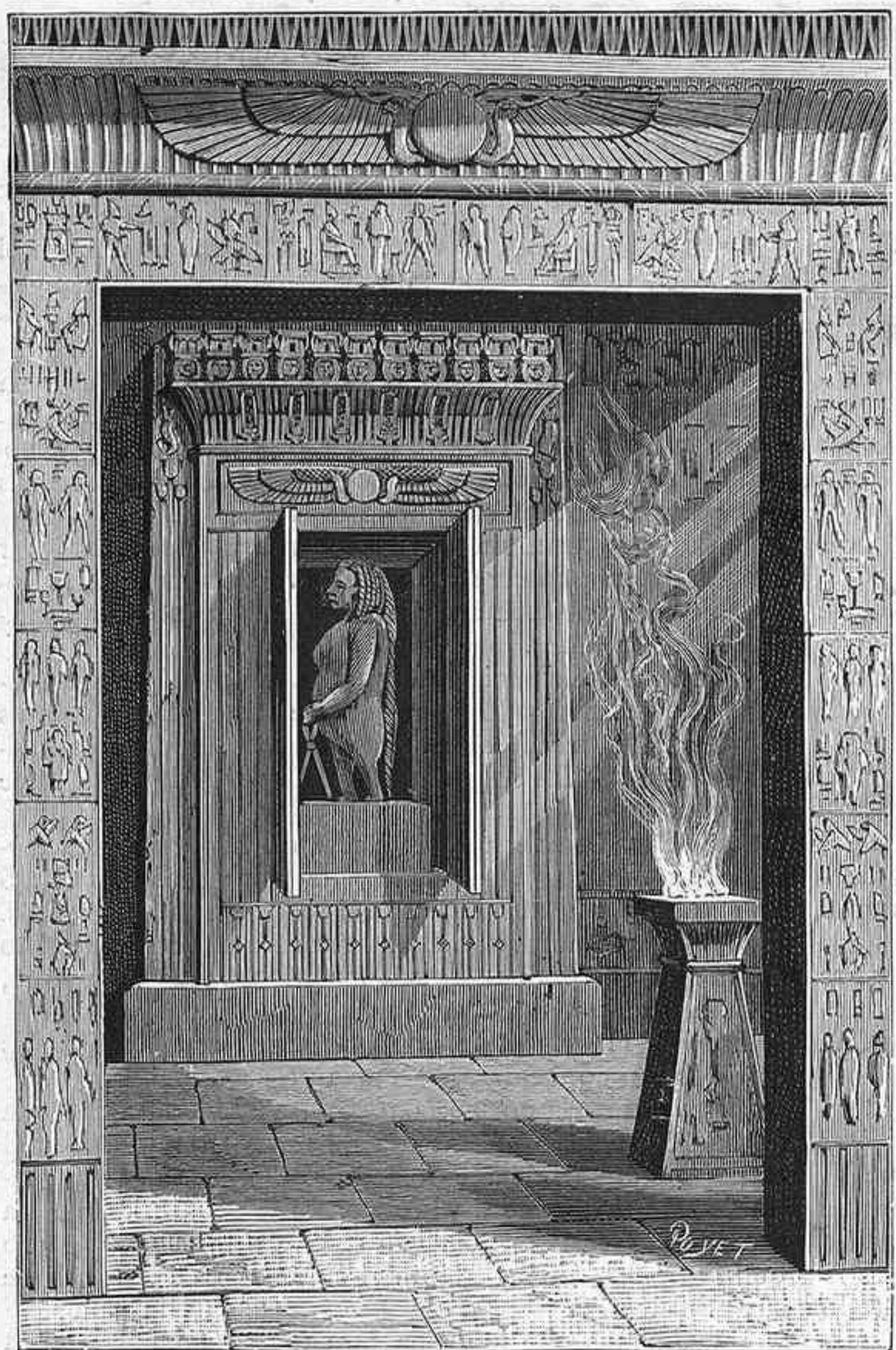
Y sin embargo cuántos gérmenes de vida industrial y de vida científica hay en esta superchería sacerdotal!

camarin sagrado. Efecto moral: asombrar cándidos y alentar supersticiones. Efecto económico: reunir ofrendas.

Atropellad esfinges: pasad pilones: cruzad pios y columnatas: romped las puertas del misterioso santuario: arrancad el ara impura de un apis ó de un osiris: sacadla al sol: tendedla sobre dos carriles, y se convertirá el fuego sagrado en hogar; y la caja del ara en cuerpo de locomotora; y en vapor el agua del depósito esférico; y el fingido prodigio y la indigna superchería se convertiran tambien



Mecanismo situado bajo el piso del santuario para que se abran las puertas al encender el fuego del ara



Santuario cuyas puertas se abren cuando se enciende fuego en el ara

¿Se apaga? por sí mismas se cierran. Tal es el problema mecánico: hé aquí la solución segun el autor citado la describe. Todo lo que sigue está en una pequeña cámara bajo el piso del santuario. El altar (ó el ara) es hueco, quizá de una sustancia me-

en verdadero prodigio de la industria y en admirable verdad de la ciencia.

Porque es lo cierto que el mecanismo de que nos ocupamos, aún en sus últimos pormenores, supone un gran adelanto relativo de la mecánica, de la física en general y de la hidráulica en particular.

Llama la atención ante todo el juego del sifon, que permite al mecanismo funcionar espontáneamente en sentido inverso para cerrar las puertas del camarín.

En efecto, el sifon tiene su rama mayor en la capacidad esférica y su rama menor en la marmita. De este modo cuando el fuego se extingue y el aire se enfría, el sifon actúa en su sentido propio y saca toda el agua de aquella volviéndola al primer depósito.

Eran pues conocidas de los egipcios, al ménos empíricamente:

- 1.º La acción del fuego como fuerza motriz: grande ó pequeña, poco importa.
- 2.º La dilatación del aire por el calórico.
- 3.º La ley fundamental del sifon.
- 4.º La ley mecánica de las poleas.

Todo combinado con la más extrema sencillez y con el más sutil ingenio.

Otros muchos artificios y mecanismos pudiéramos citar, casi todos inventados con fines religiosos poco *correctos*; pero no por el uso que de ellos se hacia son ménos dignos de estudio.

La ciencia es en verdad muy antigua y la ciencia egipcia supone un inmenso período de civilización; que en verdad no se levantan pirámides, ni se contruyen templos prodigiosos, ni se perforan montañas enteras al despertar del sueño del salvajismo.

JOSÉ ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON